




VIVIANA
RIVERO

Lo que
NO SE
DICE

 Planeta

Viviana Rivero

Lo que no se dice

 Planeta

CAPÍTULO 1

Hoy

Enero de 2002

Elena abrió la puerta del baño y salió envuelta en su bata de toalla blanca; una nube de vapor emergió con ella. Acababa de pasar un largo rato en la bañera repleta de agua caliente, estaba sosegada; nada más reparador que un baño después de sufrir durante largo rato el viento patagónico. Parada junto al espejo grande, el cristal le devolvió la imagen de un cuerpo estilizado y un rostro armonioso; se acercó para verse mejor. Sus labios rojos con forma de corazón pedían unguento a gritos pero estaba cansada, sólo quería tenderse en la cama.

Ya acostada, miró a su alrededor. El cuarto de hotel era moderno y estaba bien equipado. Había acertado al elegir alojarse allí y no en la casona de su familia, deshabitada desde hacía tanto tiempo. Desde la muerte de Susan Wilson, su bisabuela, la vivienda se había usado muy poco. Susan había sido como una abuela para ella, ya que a la verdadera no la había llegado a conocer. Tenía muchos recuerdos de Susan, de su gran energía a pesar de la edad avanzada, de sus ojos azules, su español entreverado, sus abrazos y sus comidas típicas. Ella había sido una de las primeras inmigrantes bóer en llegar a la Patagonia durante el gobierno del presidente Julio Argentino Roca. Éste, al saberlos en guerra con Inglaterra, los había invitado a colonizar el sur del país. Susan y su marido habían dejado la colonia en Sudáfrica, junto a su historia de sangre holandesa, para instalarse en el sur de la Argentina.

Aunque todo eso ahora parecía irreal y lejano, las decisiones de aquella época traían consecuencias en el presente. A Elena le esperaba un cúmulo de trámites legales relacionados con las posesiones que su familia había obtenido en todos esos años desde la inmigración de sus bisabuelos. Para eso había venido a Comodoro Rivadavia,

pero decidió que aprovecharía esos días para descansar un poco. Hacía mucho que no se tomaba vacaciones. Las últimas las había tenido que postergar por los imprevistos financieros provocados por la suba del dólar y el corralito, consecuencia de la crisis económica del país. En esa ocasión, había tenido que salir de apuro para Hong Kong a resolver asuntos de trabajo. A su vuelta, habían comenzado las peleas con su pareja, que derivaron en una separación anunciada. Por esa razón, cuando pidió tres semanas en su trabajo para viajar a Comodoro, no se sintió culpable. ¡Ni siquiera se había tomado licencia cuando murió su madre! Y aunque el presidente de la empresa no parecía muy contento con su anuncio, había tenido que entenderla. Sobre todo porque el presidente era Marcelo, el hombre con quien había convivido los últimos dos años.

Marcelo era alguien importante en la vida de Elena, ella a pesar de sus 36 años, sólo había estado enamorada de verdad dos veces: la primera de Rafael, con quien mantuvo un noviazgo de varios años mientras estudiaban juntos en la universidad; y luego de Marcelo, con quien después de una intensa y apasionada relación de un año había empezado a convivir. A Elena la entusiasmaba su trabajo pero se daba cuenta de que ser exitosa en lo que hacía tenía su precio; mientras ella conversaba de negocios en inglés con los chinos, sus amigas se casaban y tenían hijos.

En medio de sus cavilaciones, comenzó a desenredarse el largo cabello claro para bajar al restaurante. Tenía hambre pero no deseaba ir a la ciudad; todavía no estaba lista para encontrarse con gente conocida. Para ella no era fácil pasar desapercibida. Su apellido era demasiado famoso en Comodoro Rivadavia. Momentos antes, mientras hacía el papeleo de ingreso en el lobby del hotel, el recepcionista había leído su nombre en la tarjeta de crédito y le había dicho:

–Elena Wilson Garrott... ¿De los Wilson Garrott de la estancia Maan*?

Sin ganas de explicar, ella había asentido. El muchacho le sonrió, probablemente pensando que esa noche tendría una anécdota para contar en su casa. Sobre su nombre pesaban demasiadas historias, muchas de las cuales seguro que ni ella las conocía.

* Maan: luna en afrikáans.

Su madre, fallecida hacía más de un año, siempre se había encargado de los trámites y las decisiones cuando venía a Comodoro de vacaciones. Ahora que ya no estaba, Elena había sido la elegida por la familia para reemplazarla. A pesar de ser la hija menor y de tener bastante diferencia de edad con sus tres hermanos mayores, ella era la única que se hacía cargo de las situaciones familiares cuando éstas se complicaban. Dos de sus hermanos vivían en el exterior y el tercero era un bohemio, totalmente desinteresado de lo material.

A pesar de las distancias y diferencias, por primera vez todos los hermanos Wilson Garrott se habían puesto de acuerdo en aceptar una propuesta de compra que incluía todas sus tierras, animales y estancias. Lo cual era todo un acontecimiento, porque Pedro y Pablo, que trabajaban de periodista y fotógrafo respectivamente en el diario *Le Figaro* en París, eran difíciles de entusiasmar; aunque a Marcos, el hippie, cualquier cosa le parecía bien. Y para llevar adelante estas negociaciones habían delegado todo en su hermana. Era necesario hacer una serie de diligencias, incluidas las sucesiones de los abuelos, que nunca se habían hecho. Elena debería dejar su costado soñador y sacar a relucir su parte más práctica y profesional.

Desde chica, Elena había sido una mezcla de artista y negociante, exactamente como Florence, su madre. También era el vivo retrato de ella en lo físico: nariz respingada, pelo rubio lacio y ojos color miel, tan claros que parecían amarillos. Sus hermanos varones, en cambio, eran los tres muy parecidos a su padre, André Garrott. Su madre siempre bromeaba diciendo que le habían dado la revancha en el último momento. Sus padres siempre habían tenido una excelente relación, al punto de que cuando André falleció, Florence, que hasta entonces gozaba de una salud perfecta, se enfermó e imprevistamente partió. Su unión había sido siempre tan estrecha que hasta los propios hijos sentían que quedaban fuera. Era como si los dos hubieran estado hermanados por cosas que sólo ellos conocían, y que se revelaban en miradas y charlas en clave.

Cada vez que Elena pensaba en sus padres sentía una especie de peso en su interior al ver que el tiempo pasaba y ella no encontraba una pasión semejante. Entonces se le ocurría que si no hallaba el amor perfecto, al menos sería bueno tener «su lugar en el mundo». Hasta ese momento éste se hallaba en Buenos Aires, en la Capital donde vivía pero también estaba donde el trabajo la llamara ya que no tenía

grandes apegos a nada. Llevaba una vida muy diferente de la de sus hermanos más grandes, radicados con sus familias en el extranjero, e incluso de la del tercero, el bohemio Marcos, que vivía en una montaña en Córdoba junto a otros que, como él, habían decidido dejar la vida citadina de la Capital y sobrevivir con lo que producían en su propia huerta.

Elena reflexionaba estas cosas cuando el teléfono la sacó de sus cavilaciones.

—¿Señorita Garrott?

—Sí, soy yo.

—Le hablo de recepción. Es para avisarle que aquí le han dejado dos sobres.

—Gracias, en unos minutos cuando baje a cenar los recojo.

Ya imaginaba de quiénes eran: el abogado y el agrimensor. Ambos se habían comprometido a alcanzarle algunos datos que les había solicitado. Se calzó un jean ajustado y una remera blanca, se pintó apenas los labios y con el cabello todavía húmedo bajo al restaurante. No necesitaba demasiado arreglo, todavía estaba bronceada del fin de semana en la pileta de su edificio, donde nadaba para aliviar el estrés del trabajo.

Algunos minutos después, mientras esperaba el plato de goulash de cordero y tomaba una copa de vino, abrió los sobres. En uno, el agrimensor le enviaba un plano y el listado de todas las tierras que pertenecían a su familia, con la descripción exacta de las hectáreas que cada una ocupaba. En el otro, su abogado el doctor Thompson le decía que la esperaba en dos días y le adjuntaba la dirección de una escribanía que tendría que visitar para terminar un trámite. Le llamó la atención, su familia siempre había trabajado con otro escribano y a éste no lo conocía; se inquietó, pero al ver llegar al mozo con el plato humeante que despedía un aroma delicioso, decidió apartar las preocupaciones. No podía quejarse, hasta aquí todo había salido bien; estaba en Comodoro, instalada en un cómodo hotel, paladeando una buena comida y con veinte días por delante, todos para ella. Nada mal, pensó mientras probaba el primer bocado y lo encontraba exquisito. Afuera diluviaba y el aguacero fuera de tiempo mojaba a los desprevenidos transeúntes nocturnos. Enero no era mes de lluvias en Comodoro.

* * *

A la mañana siguiente, con el mismo jean y la remera blanca de la noche anterior, Elena bajó tranquila a desayunar, luego partiría a la escribanía. Durante la siesta pensaba visitar la casona de la estancia. Esperaba que no lloviera, el clima parecía inestable. También tenía un plan más ambicioso para la semana siguiente: llegar hasta la casa de su tía abuela Anne. La mujer había vivido aislada y solitaria, rodeada sólo de sirvientes, hasta el día en que murió y fue enterrada en el cementerio de la zona. La vivienda se encontraba en un lugar de difícil acceso; Elena no había ido nunca, sus padres cuando niña jamás la llevaron, y después ella ya no tuvo interés en ir. Pero ahora que iban a venderla junto con todo lo demás, no quería desprenderse de la casa sin echarle aunque sea una mirada.

Elena planeaba estas actividades mientras el taxi la llevaba a la escribanía y la dejaba en la puerta. Debía averiguar para qué trámite se la requería allí y luego, con la información, iría al estudio de su abogado. Una joven recepcionista vestida de *femme fatale* la hizo pasar. Una mirada rápida le bastó para ver que tres personas más esperaban antes que ella; decidió relajarse.

Se sentó junto a dos señoras mayores, de seguro lugareñas, que hacían comentarios sobre el clima. Frente a ella había un hombre joven, con aspecto de extranjero, lo que no era inusual ya que en los últimos años el sur del país estaba repleto de ellos. Llevaba la infaltable botellita de agua mineral en la mano, las típicas bermudas Columbia, una remera blanca y el cabello muy corto. Era alto y de buen físico. Observándolo, lo encontró atractivo: rasgos angulosos, linda piel, cabellos castaños claro, y... entonces él la descubrió y sus ojos oscuros se cruzaron con los de Elena en medio del reconocimiento exhaustivo que ella le estaba haciendo. Elena rápidamente giró la cabeza en dirección de las mujeres, quienes creyéndola interesada enseguida la incluyeron en la conversación.

—¿Verdad, niña, que no es tiempo de lluvias?

Las temporadas en Comodoro Rivadavia y los relatos de su madre le daban seguridad a Elena para responder:

—No, hoy no debería llover, no es época —y agregó—: El chaparrón de anoche fue algo raro.

—Es lo mismo que digo yo, Carlota. El calentamiento global está trayendo consecuencias hasta en esta punta del mundo. ¡Y nosotros que creíamos que aquí nunca iba a llegar el desastre! ¡Adónde vamos a ir a parar!

Elena contestó con otro comentario ecológico, al que las mujeres le respondieron entusiasmadas, enumerando una larga lista de prácticas letales para el planeta. Por un rato, la charla la entretuvo; le gustaba la atención que la gente del sur le prestaba a la naturaleza, tenían un respeto por el entorno que no encontraba en la Capital. Luego se enfrascó unos minutos en los papeles que el escribano le había enviado al hotel. Mientras leía, creyó sentir la mirada del hombre sobre ella. Al levantar la vista lo comprobó.

Él le sonrió:

–Parece que tendremos un buen rato aquí... Al menos no nos vamos a aburrir –e hizo una seña en dirección de las mujeres que seguían parloteando sobre el cambio climático.

–Así parece –respondió Elena con otra sonrisa. Se había equivocado, no era extranjero. Hablaba español a la perfección y tenía una voz cálida.

–¿El doctor Galván es un buen profesional? Digo, porque hace poco que lo consulto. ¿Vos venís hace mucho? –preguntó él.

–No, es mi primera vez. Mis cosas legales las lleva desde siempre el estudio Thompson. Estoy aquí por una eventualidad.

–Bueno, entonces habrá que esperar para emitir juicio –respondió él encogiéndose de hombros.

Elena sonrió. Al verlo dispuesto a conversar, quiso sacarse la duda.

–No sos de Comodoro, ¿verdad? –Le había visto extraer una cámara de fotos del bolsillo.

–Sí y no. Tengo una casa acá, pero soy geólogo y paso mucho tiempo en el exterior. Aunque éste es mi lugar en el mundo y cuando sea viejo me instalaré definitivamente –dijo mostrando una sonrisa impecable.

–Sí, es muy lindo –contestó Elena mientras se acomodaba el cabello y pensaba que era una pena que esa mañana hubiera salido sin maquillaje y estuviera otra vez de jean y remera. Hombres así no se conocían todos los días.

–¿Vos sos de acá, no? Veo que tenés claro cuándo debe llover y cuándo no.

–Yo soy...

La voz de la secretaria en minifalda apretada sonó junto a ellos e interrumpió la respuesta:

–Disculpen. Señor, necesito que me dé su documento y también me faltan algunos datos suyos por completar. ¿Me sigue, por favor?

Él se levantó dispuesto a seguir a la chica que caminaba provocadoramente, pero antes se dio vuelta:

–Bueno, un gusto conocerte... –la interrogó con la mirada.

–Elena... Me llamo Elena –dijo eludiendo su apellido; ya sabía lo que venía después, sobre todo si el atractivo geólogo era de Comodoro.

–Y yo Omar –respondió él acomodándose a la presentación informal de ella, y desapareció apurado tras la secretaria.

Elena se dijo a sí misma que era una lástima no haber podido conversar un poco más.

* * *

Minutos después se hallaba dentro de la oficina del escribano, sentada frente a él sin poder creer lo que escuchaba. La serie de explicaciones que el notario le daba la tenían perpleja. Había entrado pensando que se trataba de un trámite sencillo por resolver: una servidumbre de paso sobre uno de sus terrenos; sin embargo, ahora se enteraba de una perturbadora noticia.

–Sé que esta información la sorprende, pero mi cliente, enterado de que están por hacer la sucesión de Peter Wilson, pensó que lo más atinado era informarle cuanto antes la situación.

–Entiendo que su «cliente» diga que tiene título de propiedad sobre las tierras de mi familia, pero ¿usted vio los papeles? ¿Eso le consta? Porque sería un obstáculo, para la venta que ya estaba casi cerrada.

–Claro que sí, los tengo a resguardo.

–¿Y por qué estas personas no aparecieron antes?

–Hasta el momento, los González no habían querido reclamar, pero como ahora se va a hacer la sucesión Wilson Garrott, tomaron la decisión de ponerse en contacto con ustedes. La idea es llegar a un acuerdo para no terminar en un juicio que entorpezca la sucesión.

A Elena la información le daba vueltas en la cabeza y una pregunta trascendental le surgía; ésta a los fines monetarios no importaba, pero a los sentimentales sí, y mucho.

–Escribano, dígame, para mí es importante saberlo, esta gente... estos González que dicen ser dueños de las tierras de mi abuelo, ¿tienen algo que ver con el González que le disparó a él?

El hombre la miró fijo, sabía que cuando le diera la respuesta todo se complicaría aún más, pero no podía ocultar lo que conocía. No

pensaba decir todo, no al menos en esta oportunidad, le daría sólo la punta del ovillo. El resto lo explicaría en la próxima reunión.

—Sí, son descendientes del González que asesinó a su abuelo.

Elena se levantó de la silla y dio unos pasos hasta quedar situada frente a la ventana, necesitaba pensar. ¿Cómo diablos un González había llegado a tener título de propiedad sobre esas hectáreas? ¿Cómo habían llegado a ser dueños de esa porción de tierras? Y lo peor: ahora, para vender como pensaban, necesitarían la firma de un González.

González no era cualquier nombre, en su familia eran los malditos. Los innombrables. Los odiados.

—Señorita Garrott, comprendo que para usted sea una sorpresa fuerte, pero así están las cosas, pensé que su abogado, el doctor Thompson, se lo había dicho.

—No, es que antes de verlo decidí pasar por aquí creyendo que era otro tipo de trámite. Con él tengo cita mañana.

—Mire, lo mejor es que vaya, hable con él y después vemos qué forma legal le damos a todo esto. Según entiendo, deberíamos tener cuanto antes una reunión todos juntos.

—Sí, déjeme hablarlo con mi abogado y después le comunicamos.

¡Una reunión con los González! No estaba preparada para eso. Años atrás, un González había asesinado a su abuelo Peter, el padre de Florence. Y si bien ella no la había educado en el odio, su bisabuela Susan, madre de Peter, se había encargado de repetirle la historia cada mes de vacaciones que había pasado en la estancia cuando era una chica. Se lo había machacado hasta lograr transmitirle la aprehensión que ahora sentía por esa gente.

Su abuelo había perdido la vida en los años violentos de la época llamada «Patagonia rebelde». Elena había leído de punta a punta el libro de Osvaldo Bayer buscando encontrar una explicación a tanto dolor; si bien algunas razones había entendido, seguía siendo un hecho cierto que a su abuelo Peter lo había asesinado un peón de nombre Daniel González de la forma más cobarde. ¡Y ahora un descendiente de éste aparecía con tierras a su nombre!

La noticia que acababa de recibir la dejó confundida. A veces pensaba que en su familia había muchas más cosas ocultas de lo que creía. Su madre solía decir que «en todas las familias se cuecen habas y en la nuestra, unas así de grandes». Tal vez era tiempo de que salieran a la luz. Porque algún pariente le tenía que haber vendido esas tierras a

un descendiente de González. Pero... ¿Quién había sido? ¿Y con qué necesidad? ¡Había que tener coraje, para ir a venderles a esos asesinos!

–Señorita Garrott, cuando usted me diga coordino la reunión con González. Tenga en cuenta que necesitará su firma para cerrar el tema de la venta.

–Sí, lo sé... Nos hablamos. Buenos días.

Elena se dirigió hacia la puerta con la idea de llamar a Thompson de inmediato. Quería contarle lo sucedido y pedirle que le averiguara cuándo y quién de su familia le vendió tierras a un González.

Al salir de la oficina, se cruzó con el atractivo geólogo. Sólo le una hizo una seña de cabeza a modo de saludo, las novedades que acababa de recibir le habían hecho perder el interés en cualquier cosa que no fuera el nuevo problema. Necesitaba hablar con sus hermanos y comunicarles que la venta se había complicado iy nada menos que por culpa de un González!

Salió a la calle y el sol radiante la encandiló. Las nubes habían desaparecido y el calor apretaba. Al fin de cuentas, las dos mujeres tenían razón, el clima se había enrarecido; también sus trámites en Comodoro. Su vida estaba a punto de cambiar, aunque ella todavía no alcanzaba a vislumbrar cuánto.

* * *

Esa tarde, en el camino patagónico, el sol calentaba de tal manera que el aire acondicionado de la 4x4 no daba abasto. Elena se dirigía a la estancia junto al administrador. Habían quedado que él la pasaba a buscar en su vehículo para llevarla. El hombre, un cincuentón algo excedido de peso, se secaba la frente a cada momento. Los kilos de más y el calor le jugaban una mala pasada. La camioneta serpenteaba el último trecho de camino de tierra, mientras él le hablaba una y otra vez acerca de los mismos temas: que el precio de la lana había vuelto a bajar, que la sociedad rural este año había trabajado de una manera más agresiva, que en la última exposición los ejemplares de la estancia Maan habían andado muy bien. Que las ovejas esto, los caballos lo otro y las vacas lo de más allá. A Elena tanta información la mareaba. No podía concentrarse, la charla incesante del hombre, el calor y la preocupación sobre cómo le diría al comprador de las tierras que habían aparecido otros dueños no se lo permitían.

Se sintió aliviada cuando por fin contempló la arboleda que anunciaba la entrada de la estancia; el viaje le había parecido eterno. Cuando bajaron del vehículo, el administrador la llevó a dar la vuelta obligada por las instalaciones. Quería mostrarle todo para lucirse con las mejoras en las que tanto tiempo había invertido durante los últimos meses. También necesitaba seguir explicando cómo estaban las cosas por allí; los Wilson Garrott no venían muy a menudo y había que aprovecharlos cuando estaban. Desde la última visita de la difunta Florence Garrott ya había pasado un año y medio.

Una hora después, Elena ya estaba al día sobre los cambios que se habían hecho en la estancia y decidían con Ramírez hacer un alto en su recorrido y tomar un café en el living de la casa del hombre. Su esposa lo preparó y lo sirvió junto a galletas caseras de arándanos. El matrimonio trabajaba para la familia desde hacía años y se ocupaba de administrar todo. En ese tiempo, él había adquirido experiencia y también un voluminoso abdomen. Pero no se podían quejar, la estancia estaba bien atendida. La vivienda de la pareja se hallaba ubicada a metros de la casa principal. Había sido construida en donde originalmente Ian y Susan Wilson, los bisabuelos de Elena, cuando recién llegaron de Sudáfrica, habían edificado una cocina externa junto a los cuartos para la servidumbre. Eran tiempos en que cocinar era una tarea engorrosa y complicada.

El administrador entre galletitas que devoraba sin parar y café humeante, terminó su relato, y Elena pensando que ya era suficiente le pidió que le abriera la casa principal. Ramírez buscó las llaves y la invitó a seguirlo. En instantes estaban frente a la puerta y el olor a cera fresca de los pisos de madera se les metía en la nariz.

—Mi mujer mantiene la casa limpia, para que siempre esté en condiciones por si ustedes deciden venir —dijo el administrador mientras desplegaba los postigones de madera para dejar entrar la luz.

—Se nota, está impecable —respondió Elena observando la sala principal. Nunca dejaba de impactarle la belleza del lugar.

—¿Necesita algo más de mí? ¿Quiere que le diga a mi señora que le alcance otro café?

—No, Ramírez, gracias, no se preocupe. Quiero ver un poco el estado de la casa —mintió. En realidad quería rumiar a solas los re-

cuerdos de la niña y la adolescente que había sido entre esas viejas paredes.

—Si decide quedarse a dormir, en un rato ponemos todo en funcionamiento. Sólo tiene que decírmelo.

—No hará falta, estoy cómoda en el hotel. Vaya nomás, yo lo llamo si lo necesito.

El hombre se retiró y ella se dedicó a vagabundear por los cuartos. Miró la sala principal con su piso de roble y su gran chimenea, donde solían asar batatas en invierno; caminó por la gran cocina, donde se fabricaban toda clase de delicias y conservas; fue hasta el cuarto donde solía dormir con su amiga Agustina Echegoyen, a quien invitaba seguido porque sus hermanos mayores estaban entretenidos con sus cosas, o se dedicaban a cabalgar. Se acordó de su compañera de juegos y pensó que al regresar al hotel la llamaría. Quería aprovechar esos días para reunirse con ella.

Siguió recorriendo la casa e ingresó al cuarto de *Ouma** Susan. La enorme cama la llenó de recuerdos agradables: ella de niña, acurrucada junto a su abuela en pleno invierno, tapada hasta el cuello con el quillango de guanaco, mientras escuchaba cómo Susan le contaba, una y otra vez, su llegada a esas tierras con su esposo Ian y sus jóvenes hijos Peter y Anne; cómo habían cruzado el mar lleno de peligros para instalarse en Argentina, tras huir de la persecución que Inglaterra hacía de los habitantes bóer del estado independiente de Orange en Sudáfrica. Con los ojos húmedos, Susan le relataba la muerte de Peter a mano de González, el peón, y el nacimiento, en esa misma cama durante una noche helada de invierno, de Florence, la única hija de Peter. Siempre le insistía con que no se olvidara de nada. «En medio de estas historias está tu esencia bóer, que nunca debes perder, porque ella te llevará adonde tu destino te espera». Todavía le parecía escuchar su voz llena de idealismos.

Elena abrió el placard; todavía colgaban algunas prendas de su abuela de las que les había sido difícil desprenderse en su momento. Su atención se focalizó en un sweater de lana rústica, tejido a mano por su madre con lana hilada en la estancia. Estaba impecable. Lo acercó a su cara buscando aromas conocidos, pero éstos habían sido

* *Ouma*: abuela.

borrados por el tiempo. Tal vez algún día llegara el momento en que ella misma tuviera una hija que pudiera usarlo; se rio con melancolía ante la idea. Siempre le habían gustado los chicos pero los años pasaban y ni siquiera estaba casada. Con Marcelo habían hecho algunos intentos pero no había quedado embarazada, y cuando por fin iban a empezar con los estudios para saber la causa, la pareja entró en crisis y el proyecto se postergó. Cuentas pendientes, sueños incumplidos.

Abrió un cajón del mueble y lo encontró repleto de viejas fotografías. Para poder ver mejor, abrió la ventana y puso el cajón sobre la cama. Eran muchas, algunas muy antiguas. Le pareció que lo mejor sería pedirle una bolsa a la mujer de Ramírez para llevárselas al hotel y poder mirarlas con tranquilidad.

Pensaba en lo mucho que habría sufrido su bisabuela Susan cuando asesinaron a su hijo Peter. Sólo le había quedado una hija, Anne, aunque de ésta se hablaba poco en la familia, salvo el hecho de que había vivido sola en la montaña; ya veía de quién había sacado los genes su hermano Marcos, descubrirlo le dio risa. ¡Y pensar que ella tenía una vida tan citadina y loca! Qué bien le vendrían estos días de tranquilidad, se daba cuenta cuán estresada vivía en la Capital. Aquí en Comodoro se sentía otra, se hallaba más serena, sin tantas corridas y apuros. Estar sin zapatos de taco alto, sin tráfico en las calles y sin teléfonos sonando permanentemente, era la gloria. Comenzaba a disfrutar de cosas que ni siquiera sabía que le gustaban.

Dio algunas vueltas más por la casa y llamó al administrador para que la llevara de regreso al hotel. El atracón de recuerdos que acababa de darse había sido más que suficiente. Además quería acostarse temprano pues al día siguiente la esperaba mucha actividad. Tenía planeado hacer todos los trámites durante la primera semana para después poder dedicarse al ocio. Todavía tenía que hablar con el comprador.

Instantes después estaba sentada en el vehículo, y sobre su falda, puesta al descuido, descansaba una bolsa llena de viejas fotografías. No imaginaba aún cuánto valor cobrarían esas imágenes en los días sucesivos. Las historias que no se podían contar habían quedado allí registradas para siempre como un documento; la punta del ovillo de lo que no se había dicho en la familia Wilson Garrott estaba allí.

* * *

Todavía era temprano cuando Elena terminó una larga llamada telefónica y comenzó a arreglarse para el almuerzo con su amiga de la infancia, Agustina Echegoyen; con ella había compartido muchas vacaciones en la niñez y la adolescencia.

Los Echegoyen eran dueños de la propiedad ubicada al lado de la estancia Maan. Hacía mucho que las amigas no se veían a causa de la distancia geográfica y el trabajo de Elena, y ésta era una buena oportunidad para hacerlo. Agustina, como muchas de sus amigas, tenía niños pequeños, el último un bebé de meses, por lo que debería regresar pronto para relevar a la niñera. Pero al menos podrían charlar un rato y hasta tal vez se atreviera a contarle la noticia que durante todo el día la había torturado: la aparición de un tal González con derechos sobre las tierras que ella y sus hermanos estaban por vender.

Todavía no había elegido qué ropa ponerse cuando sonó su celular.

—Elena, soy Thompson, tengo noticias.

—¿Buenas?

—Se podría decir que sí. Organicé para mañana a las diez la reunión con el señor González. Vendrá con su abogado.

—Perfecto. Quiero terminar este asunto cuanto antes. ¿Y del resto sabe algo?

—Estoy atrás de la información sobre cuándo y quién de su familia le vendió esas tierras. Y, claro, también busco datos ciertos sobre el parentesco de este González con el que le quitó la vida a su abuelo.

—Cuanto antes averigüe todo, mejor. Nos vemos mañana a las diez. Gracias.

Cortaron.

En un primer momento, Elena había considerado llamar a sus hermanos para contarles lo que estaba sucediendo, pero decidió esperar, necesitaba más datos para informarlos del asunto antes de preocuparlos. Era clave saber cuántas hectáreas reclamaban los González. Si bien su familia era dueña de muchas propiedades (la unión entre los Wilson y los Garrott había multiplicado los bienes), confiaba en que las tierras en manos de González no fueran de las más valiosas. Se le ocurrió que su madre tenía que haber sabido algo. No era posible que fuera cada año y no estuviera al tanto. Pero ¿por qué no se lo había dicho?

Intentó tranquilizarse. Se maquilló con esmero, esta vez iría arreglada. Aunque se dejó el jean, agregó una camisola hippie que sentaba bien a su estilo descontracturado. Antes de encontrarse con Agustina,

pasaría a comprar papel y carbonillas. Tenía ganas de dibujar. Iba a tener tiempo libre y quería usarlo para hacer lo que más le gustaba y que nunca podía. También se compraría una bikini, el hotel tenía pileta cubierta y ella había olvidado traer una.

* * *

El bullicio del restaurante a la hora pico del almuerzo era tan insoportable que casi no se escuchaban las voces, pero a las dos jóvenes mujeres no parecía importarles. Sentadas una frente a la otra, Elena y Agustina comían una ensalada de salmón ahumado y se reían recordando viejos tiempos. Se divertían como cuando años atrás eran dos niñas y jugaban juntas. Ni siquiera les importaba haber tenido que ubicarse cerca de la puerta.

—¿Te acordás cuando entramos sin permiso a la casa del administrador de tu estancia, y lo encontramos besándose con una empleada? ¡Tenía los pantalones a la altura de los zapatos!

—Lo peor fue cuando nos escuchó y quiso escaparse rápido al baño... ¡los pantalones se le engancharon en los pies y se dio un golpazo! ¡Qué malas, cómo nos reímos!

—Pero la que más se reía era la empleada. ¿Se llamaba Carmen, no?

—Qué memoria. Éramos tan chicas y tan inquietas. Pensar que ahora soy yo la que reto a mis chicos.

—Ay, Agus, ¿cómo se vive teniendo tres niños en la casa? Decime la verdad.

—Me vuelvo loca pero estoy contenta. Claro que tuve que dejar de trabajar. No voy a atender el consultorio por un tiempo.

—¿Y tu carrera de psicopedagoga? —preguntó Elena, que no podía imaginar una vida sin el ajetreo laboral.

—Tendrá que esperar un par de años. Pienso retomar cuando el bebé crezca un poco. Y vos, ¿cómo hiciste para tomarte veinte días en esa empresa infernal que te absorbe tanto?

—Hablé con Marcelo y no pudo decirme que no. Hace mucho que no tomaba vacaciones, ni siquiera cuando murió mamá. En realidad, vine a Comodoro para hacer los trámites de sucesión y así poder vender nuestras tierras. Por fin todos los hermanos nos pusimos de acuerdo en aceptar una propuesta de compra.

—¿Y con la casona de la estancia Maan qué van a hacer?

- También se baraja la posibilidad de venderla. Veremos.
- ¡Ay, sería una pena!
- Sí, eso pensaba yo al principio, pero ahora que estoy acá y comienzan a surgir problemas creo que cambié de opinión.
- ¿Y qué problemas tenés?
- No te imaginás, una pesadilla. Apareció un tal González, descendiente del peón que asesinó a mi abuelo, que tiene a su nombre hectáreas que creíamos nuestras.
- ¿Y cómo pasó una cosa así?
- No estoy segura, parece que alguien de la familia se las vendió.
- ¡Qué complicación!
- Ya lo creo. Mañana tengo una reunión con González y su abogado. ¿Vos sabés algo de esa familia?
- Creo que algunos González todavía viven en el campo y otros se instalaron en Buenos Aires.
- Bueno, lo cierto es que mañana me veré con ellos.
- Cuando termines la reunión llamame, por favor, así me contás.
- Claro, te llamo.
- Llevaban un buen rato conversando. Elena había sacado de la bolsa la bikini nueva y se la mostraba a su amiga, justo cuando vio que dos hombres bien vestidos entraban al restaurante. Uno la saludó con la mano. Al principio no lo reconoció, pero después vio que era el geólogo de la escribanía. Le devolvió el saludo con un gesto mientras veía cómo el mozo los ubicaba en una mesa reservada.
- ¿Quién es? –preguntó Agustina.
- Un geólogo, lo conocí ayer en la escribanía.
- No sabés cómo te mira. Es lindo. No te vendría mal un novio, o por lo menos un romance.
- Claro, como no tengo líos en Comodoro... ¡Lo único que me falta! –Elena movió la cabeza negativamente mientras reía.
- Mirale el lado positivo, te distraerías un poco.
- Las dos amigas estallaron en una carcajada. Así siguieron un rato, hasta olvidar la presencia masculina. Agustina miró su reloj, debía partir rápidamente, la niñera esperaba. Fijaron fecha para un próximo encuentro y se despidieron. Elena, que estaba terminando de pagar la cuenta, vio que Omar le hacía una seña al mozo, dejaba el dinero sobre la mesa y se acercaba a ella. Un instante y lo tenía al lado.
- ¿Te fue bien con el escribano el otro día?

–Perfecto –le dijo ella sonriendo. No iba a explicarle a un extraño sus complicaciones familiares. –¿Y a vos?

–Mejor de lo que esperaba, tengo un par de cosas pendientes y me está asesorando muy bien. ¿Puedo sentarme?

–Ya me iba, pero... no hay problema.

Se acomodó relajado:

–¿Tomamos un café o un té?

–Gracias, ya tomé.

–Tomemos otro –No iba a darse por vencido tan fácil ahora que había venido hasta la mesa.

–Está bien, un té de menta –dijo Elena dirigiéndose al mozo.

–Que sean dos. Me encanta el té de menta.

Omar miró las bolsas que Elena había traído del centro.

–¿De compras?

–Unas pocas pavadas.

–Veo que estuviste en la artística Mil Soles.

Se sintió descubierta. ¡Qué detallista era ese hombre!

–Sí, a veces dibujo y pinto. Una especie de catarsis –respondió Elena como quitándole importancia. No le gustaba hablar de eso.

–Yo también dibujo.

–¡No me digas! No lo esperaba de un geólogo.

–¿Sabías que hay una muestra importante en un hotel céntrico? ¿Qué te parece si vamos juntos?

–Me lo comentó mi amiga, pero no creo que pueda, estoy muy ocupada estos días.

El mozo puso dos tazas humeantes sobre la mesa.

–Me gustan los té raros. Nunca tomo café –dijo él.

–Yo tampoco. Acelera demasiado mi ritmo, que ya es bastante rápido –lo dijo y se arrepintió. Le estaba contando demasiadas intimidades.

–A mí no me gusta el sabor. Pero sigamos con lo nuestro. Así que a la exposición no venís porque estás muy ocupada... Mmm... ¿Y si te invito esta noche a una reunión por la inauguración de mi casa?

–¿Estás estrenando casa?

–Me instalé hace un par de meses, pero como recién esta semana el escribano me dio la escritura quiero festejar.

–Con razón estabas en la escribanía Galván... ¿Hoy? ¿A qué hora?

–A las diez. Vienen unos pocos amigos y amigas. Algunos son parejas casadas, te lo digo para que veas que soy serio y no tengas miedo.

–¡Qué tonto! ¡No tengo miedo! ¿Dónde queda tu casa?

Ese hombre tan directo por momentos la hacía sentir incómoda. Parecía adivinarle los pensamientos.

–La casa está en Rada Tilly, sobre la playa. Al principio tenía un departamento en el centro de Comodoro pero hace tiempo que quería una casa con pileta cubierta. Me gusta nadar, me hace bien.

–Yo también nado todos los días. –Se volvió a arrepentir, de nuevo revelaba otra intimidad.

–Entonces tenés que venir a probarla. Esta noche los que quieran pueden traer traje de baño.

Elena sonrió y no dijo nada. ¡Cualquier día iba a aparecer tan fácilmente en bikini delante de extraños!

–¿Querés algo dulce para acompañar el té?

–No, gracias, nunca como postre.

–Yo tampoco –explotó en una carcajada–. ¡Che, somos iguales! El té de menta, la pintura, la natación y ahora los dulces. Decime que te gusta Durán Durán y me muero.

Lo miró sorprendida, no podía mentirle:

–Me encanta.

Se rieron al mismo tiempo, pero cayendo en cuenta de lo extraño de tantas coincidencias se pusieron serios, y tomaron algunos sorbos de té en silencio, antes de volver a hablar sobre los cuadros de la muestra de pintura, cuyo autor ambos admiraban.

–Bueno, me tengo que ir –Elena se levantó apurada, aunque sólo la esperaba la televisión en el hotel. La charla con el geólogo la estaba poniendo nerviosa. Tantos gustos en común la asustaban.

–Yo también me tengo que ir, pero te espero esta noche. Acá te dejo la dirección –dijo garabateándola en una servilleta de papel.

Sonriendo se despidieron con un beso. A él también lo había impactado la chica. Ojalá aceptara la invitación, pensó Omar. Tenía un buen presentimiento sobre ella.

* * *

Algunas horas después Elena terminó de leer el extenso listado de propiedades que le había enviado el agrimensor. Había estado tratando de descubrir, mapa en mano, cuáles eran las tierras de la discordia. Necesitaba saber dónde se hallaban ubicadas y cuánta extensión tenían,

pero se le hacía complicado. Precisaba más datos y para ello debía esperar la reunión que había programado Thompson y el encuentro con el agrimensor.

Se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo inútil y resolvió que mejor sería prepararse para ir a la fiesta en la casa del geólogo. Lo había decidido hacía rato: quería ir. Había ido a la peluquería y sólo le quedaba elegir qué se pondría. Guardó los papeles en el sobre y se dedicó a la ropa.

Frente al espejo, después de probarse varios vestidos, se inclinó por uno blanco, corto y con la espalda al descubierto. Bronceada como estaba, era el que mejor le quedaba. Siempre la torturaba la idea de que su cintura era demasiada chica para el tamaño de sus caderas. Tal vez fuera una tontería, pensó al ver su imagen en el cristal. Con paciencia, delineador líquido y mucho rimel se maquilló los ojos para resaltar su mirada ámbar. Después fue el turno de los labios, de rojo furioso. Era lo que esa noche quería.

Pidió un taxi. Rada Tilly quedaba lejos. Mientras esperaba, pensó que con Omar sólo habían hablado tonteras y que él seguía creyendo que ella vivía en Comodoro. Lo inquietante era la serie de coincidencias que habían descubierto en los pocos minutos que estuvieron juntos. No le había pasado con nadie, al menos no de esa manera.

Ya en el taxi, Elena le dio la dirección al conductor.

—Es la zona nueva sobre la playa. Si pudiera, me gustaría vivir allí —comentó el taxista.

Omar era geólogo, atractivo, y tenía una casa en el lugar más lindo de la zona. Pasaba mucho tiempo en el extranjero por su trabajo, como Elena. Por no hablar de todos los gustos en común. Tenía una mirada tierna, un físico de revista, y era divertido. Omar le gustaba... mucho. Pero sabía por experiencia que esos flechazos rara vez salían bien.

Cuando llegó, identificó rápido la casa. La puerta estaba abierta y del interior prorrumpía a todo volumen *Río*, de Durán Durán. Estaba a metros del mar. Elena respiró hondo; el aire salado le llenó los pulmones. Se propuso disfrutar la velada, sin importar lo que pasara con el geólogo. A la mañana siguiente le esperaba el lío de las tierras y quién sabe qué otra sorpresa desagradable.

Cuando Omar la vio levantó las cejas con admiración. No parecía la misma chica de la escribanía y el restaurante. ¡Qué increíble la

capacidad de transformación de las mujeres! Entusiasmado le dio la bienvenida con un abrazo cálido pero delicado.

–Qué bueno que hayas venido, me alegra mucho. Pasá, te voy a presentar a mis amigos.

En el living de la casa había varios grupos distribuidos. Elena saludó a una pareja de arquitectos que Omar le presentó bajo el título de recién casados; también a Rubén, geólogo como él, y que llamaba la atención por sus rastas; a Juan Cruz, cantante; a dos chicas bastante sexis que no le sacaban la vista de encima a Omar, y a algunos otros que no pudo memorizar. En total, no serían más de veintitrés o veinticuatro personas. Omar le sirvió una copa de vodka con durazno y le mostró la casa, construida por la pareja de arquitectos amigos. Era de muy buen gusto, con ambientes grandes y amplios ventanales. El living daba a un gran balcón desde donde se podía ver y oír el mar. Unas escaleritas de madera que bajaban a un deck le daban el toque snob.

–Todavía me faltan algunos muebles, los iré comprando con el tiempo. En realidad, en verano es cuando más estoy acá. Trato de pasar al menos dos o tres meses seguidos. El resto del año, como te conté, mi trabajo me lleva de un lugar a otro.

–Es una casa lindísima, te felicito –dijo Elena apoyándose sobre la baranda del balcón.

Omar miró el océano enfrente y Elena espió su perfil. Le gustaba su nariz distinguida y su gesto de acomodarse el cabello lacio y castaño claro con la mano.

–Disfruto ver el agua. La vista es lo que más me gusta de la casa.

–Es privilegiada –dijo ella mientras miraba el reflejo iridiscente de la luna en el mar.

Omar giró el rostro y observó a Elena que, con el vaso en la mano, contemplaba las olas que rompían a lo lejos.

–La vista que tengo ahora también es única.

Elena lo miró sorprendida. ¿Acaso hablaba de ella?

–Una mujer de blanco siempre es maravillosa. Te sienta ese vestido.

Sí, la miraba a ella; sí, se lo decía a ella. Sí, Omar le gustaba. Sí, él era dulce. Sí, sí, sí, y sí.

Le sonrió y lo miró como hacen las mujeres cuando quieren conseguir algo importante. Se le metió por los ojos e intentó llenárselos de azúcar, de té de menta, de Durán Durán, de dibujos, y de tantas cosas que había descubierto que a él le gustaban, incluidas las que todavía

no conocía. Y lo logró. Los ojos oscuros de él, cautivos de su rostro, se lo confirmaban. La magia duró un instante, hasta que Omar dijo:

—¿Vamos? —y la tomó del brazo. Cuando estuvieron de vuelta en el living, le pidió a uno de sus amigos: —No dejes que mi nueva amiga se aburra. La rescataré en unos minutos. Elena, servite lo que quieras, hay sushi para los tranquilos, y brochettes de mollejas para los carnívoros. Vuelvo en un rato, quiero sacar unas fotos.

—Gracias, no te preocupes, estoy bien.

Omar tomó algunas fotografías y luego se enfrascó en una conversación con la pareja de arquitectos. Examinaban detalles de la construcción: un borde en donde había que repasar la pintura, una escalera a la que le faltaba la baranda. Luego, mientras se servía una copa de vino en la cocina, se dijo a sí mismo que la pintora le gustaba. Esa noche estaba muy linda. No le había perdido detalle: buenas piernas bronceadas, pelo claro sedoso, cintura pequeña. Y ese andar apuradito que tenía, como que siempre algo la corría. Era suave para hablar, sonreía mucho y lindo. Tenía una boca divina, justa para meterle un beso. Recordando que a ella también le gustaba pintar se agitó pensando que le gustaría mostrarle sus dibujos. Ella era un alma sensible como él.

De pronto se sintió eufórico con su casa nueva, sus amigos y una mujer hermosa que le interesaba por primera vez después de mucho tiempo. La mala experiencia de su larga relación con Silvina lo había dejado en una apatía absoluta. Esa especie de negra convivencia que habían mantenido durante años, donde las recriminaciones por sus largas ausencias estaban a la orden del día, habían terminado por enfermar la relación. Al principio, cada vez que Omar regresaba de uno de sus viajes iba de inmediato a la casa de Silvina, o ella a la suya. A veces se encontraban en algún lugar intermedio y pasaban una semana juntos, para que los meses separados no se hicieran tan largos. Después de un primer año en que todo fueron rosas, se habían instalado juntos. Él entendía que ser pareja de un geólogo no era para cualquiera, mucho menos para alguien tan demandante como su ex. Los últimos dos años de la relación habían sido espantosos, pura discusión y reproches. La insatisfacción de Silvina se habían centrado en el paso del tiempo; quería ser madre y con alguien que no estaba nunca era imposible. Omar jamás hubiera aceptado ese plan; la relación venía en franca decadencia y tener un hijo era algo demasiado importante. Hasta que

un día, a su regreso de un viaje, Silvina le anunció que estaba saliendo con un compañero de trabajo...

Omar volvió a la fiesta, que ya comenzaba a llegar a su clímax. Elena seguía conversando con Juan Cruz, el músico; éste era amigo del dueño de casa desde siempre, habían ido al colegio juntos. Le daba nueva información: Omar había vivido en Comodoro Rivadavia de niño pero al terminar la primaria, sus padres, también geólogos, se radicaron en diferentes provincias. Había estudiado en la universidad de La Plata, era pariente de los Torres, dueños desde siempre de una conocida cadena de supermercados que se extendía por toda la Patagonia. Elena se adentraba en la vida de Omar de la mano de Juan, y sus palabras resonaban en sus oídos: «Es un gran amigo, un tipo macanudo como pocos».

La noche avanzaba y el bullicio también. Habían llegado algunos invitados rezagados, los tragos iban y venían, la música subía de volumen y todos se iban agrupando de acuerdo a sus intereses. Elena conversó un rato con dos chicas que trabajaban en una empresa de servicios de Comodoro y que conocían a Omar de hacerle trámites relacionados con el envío de muestras. Tuvo la vaga sensación de que una de las dos había tenido algo con él. Luego se acercó a un círculo donde uno de los hombres comenzó a hablarle sin parar. Afortunadamente Omar la rescató.

–Vení... –la tomó de la mano y la condujo bordeando todo el living. En su mirada parecía animarse a todo. Al pasar, un grupo que conversaba y reía llamó a Omar, pero él les hizo una seña con la mano de que esperaran. Arrastró a Elena hasta el pasillo y abrió una puerta. Era un cuarto con un escritorio grande, lleno de papeles. También había una computadora y un pequeño silloncito bajo la ventana.

–Te quiero mostrar algo.

Abrió el placard, hurgó unos instantes en la parte alta y luego bajó una carpeta grande.

–Sentate –le pidió con suavidad al tiempo que él lo hacía, y le señaló un lugar a su lado.

Elena se acomodó en el sillón y le sonrió. Luego tomó la carpeta y la abrió. De ella comenzaron a emerger hojas blancas con dibujos en carbonilla: un rostro de mujer, uno de un niño llorando, un mar bravo... Elena pasaba despacio las hojas, observando en detalle cada dibujo. De vez en cuando, Omar la interrumpía con alguna breve explicación; se sentía al desnudo cuando exponía su obra a la mirada

ajena. Los dibujos eran buenos, profesionales, y demostraban una visión distinta, un ojo que alcanzaba a ver lo que tal vez la mayoría no percibía. Ella disfrutaba con cada uno de ellos.

–Omar, son muy lindos.

–No suelo mostrarlos... Los hago en mis horas libres durante los viajes, cuando termino mi trabajo. ¿Sabés? A veces los geólogos pasamos mucho tiempo solos, la luz del sol se acaba y nos metemos en la cueva. –Se rio y agregó: –Ahí aparece el artista.

–¿Pero esto es pura inspiración o estudiaste?

–Hice un par de años en Bellas Artes mientras estudiaba geología. Hasta que ganó la parte práctica de mi personalidad.

–De verdad son bellos. Me gusta éste –señaló el dibujo de unas manos de hombre.

–Son las manos de mi padre. Las hice poco antes de que muriera, no hace tanto.

–Lo siento.

–Está bien. Ya está aceptado.

Elena volvió a recorrer los dibujos y comentó algo sobre el estilo. Ella habló de su gusto por la pintura desde pequeña; él le contó lo que sentía cada vez que terminaba un dibujo. Así, durante media hora, el mundo se detuvo, la tierra suspendió su movimiento de rotación y traslación, y se produjo ese conocido milagro que por ser tan conocido no deja de asombrar cada vez que ocurre. Palabras, miradas, descubrimientos, magia y atracción. Se gustaban.

Elena se reía de la caja de zapatos donde él guardaba las carbonillas, cuando el beso de Omar la tomó de improviso. Se besaron suave, largo, con las manos entre los papeles.

Pararon y se miraron. Él también estaba sorprendido, no había pensado hacerlo. Entonces dijo con tono divertido:

–Vamos, haremos algo más mundano que mirar dibujos o vas a pensar que soy un bohemio como Juan Cruz.

Elena sonrió. Omar la ayudó a levantarse y, tomados del brazo, la llevó hasta la cocina. Sacó de la heladera una botella de *Chandon Rosé*, la puso en alto y la miró interrogante.

–Decime que es tu preferido y me tiro al mar.

–Sí, es mi preferido –Era la pura verdad. –¿Y? ¿Te vas a tirar?

–Mmm... ¿puedo cambiar por otra prueba? –dijo Omar riéndose mientras abría la botella y buscaba dos copas en la alacena–, como

por ejemplo llevar este sofá al balcón... –le propuso entregándole a ella las copas y la botella.

–Podría ser.

Omar empujó el pequeño sillón hacia el balcón, cerca del ventanal abierto. Un par de personas que se ubicaban allí los miraron de reojo. A Omar no le importó. La fiesta iba bien sola, no necesitaba de él para ser un éxito, cada uno estaba en lo suyo. Lo colocó en la punta frente al mar, deseaba intimidad. Quería seguir conversando con esta mujer que en pocas horas estaba poniendo su mundo patas para arriba.

Charlaron bastante, hasta que desde adentro comenzaron a requerir a Omar con insistencia. Entraron, Omar se ocupó de sus invitados y Elena se entretuvo conversando. Por momentos, lo buscaba con la mirada y lo veía atendiendo a la gente. Una de las dos chicas de la empresa lo buscaba, era evidente. Miraban juntos el helecho que aparentemente ella le había regalado, y por más que quería ignorarlos, no podía. Volvía a mirarlos, y se fastidiaba.

Una hora después, mientras todos los invitados tomaban helado, Omar y Elena, como si tuvieran una cita programada, huyeron del postre y se las ingeniaron para refugiarse de nuevo en el sofá, que ya empezaba a conocer las intimidades de ambos. Conversaban sobre la necesidad de aprovechar los buenos momentos de la vida pues ésta pasaba rápido, Omar lo había descubierto con la muerte de su padre. Hablaban de los tiempos acelerados que imponía la sociedad moderna, y de cómo priorizar lo importante sobre lo urgente, de lo valioso que era dedicarle tiempo a los seres que se ama, porque al final lo único que cuentan son los afectos. Las horas pasaban y las frases que salían de lo más profundo los enlazaban uno al otro, sin que se dieran cuenta. Omar se había levantado un par de veces pero regresaba en minutos, antes de que Elena se fuera del sillón, y allí lo encontró la madrugada.

Eran las cinco de la mañana cuando los invitados comenzaron a retirarse. Elena también quería irse, pero Omar la retenía.

–Despido a Juan y ya estoy con vos. Esperame.

Ella lo intentaba de nuevo y él la detenía:

–Aguardá un segundo que saludo a las chicas.

Ya se iban todos y ella seguía ahí. Lo cierto era que tampoco quería irse. Deseaba que la noche no terminara, que las horas de champagne

y de viento de mar en el sofá se prolongaran. Hacía frío y Omar le había prestado un suéter suyo, el mismo olía a su perfume.

—¿Seguís con frío? —le preguntó, mientras le pasaba el brazo y la abrazaba. Los dos habían sentido el estremecimiento de la cercanía.

Juan Cruz fue el último en irse. Se despidió de Omar con un guiño al ver que Elena seguía en la casa. Omar terminaba de saludarlo cuando cerró la puerta y se dio vuelta, ella lo miraba:

—Ahora que me tenés aquí, encerrada y sola, ¿qué sigue? Porque me he querido ir y no me has dejado.

—Sigue lo que quieras, lo que me dejes. —Él era así, directo, sin vueltas. Sincero. Sus conversaciones ya se lo habían demostrado.

Omar se acercó despacio, sin dejar de mirarla a los ojos y la besó de nuevo, esta vez sin tantas contemplaciones. Qué poco sabía de esta mujer, pero no le importaba. Ella lo empujaba al abismo, y el abismo le gustaba.

Elena, en cambio, sentía que, a pesar de que recién intimaban, ya lo conocía muy bien. La sensibilidad que había visto en sus dibujos, el trato caballeresco que le había brindado y lo que su amigo Juan le contó sobre él se lo revelaban de cuerpo entero. Eso le bastaba para aceptar cosas que esa mañana no hubiera soñado siquiera, como que la besara de la forma que lo estaba haciendo.

Parados en la cocina, se besaban loca, interminablemente. Besos, abrazos y más besos. Manos que exploraban, caricias tímidas que descubrían relieves. Llevaban un rato así hasta que el cierre del vestido blanco concedió desesperado el primer permiso, el sostén otorgó el segundo y la «colales» que se deslizó por las piernas inauguró la audacia y la locura. Los dedos de Omar se hundieron certeros en la humedad de Elena, ella gimió. Él se volvió loco con el grito. No iba a parar, nada podría detenerlo. Las manos de Elena, hábiles y apuradas, desajustaron el cinturón, bajaron el bóxer negro y tocaron piel... y más piel. Años antes esto le hubiera sonado a locura, pero a los 36 quería hacerlas. Había aprendido que éstas no se presentaban todos los días. Al fin y al cabo, era una mujer libre y adulta.

Omar quiso alzarla desnuda para llevarla al cuarto.

—No, no, pará... soy pesada. —En medio del desenfreno, su pudor de mujer la acompañaba.

—Sí, claro estás gorda —se rio, y mirándola embelesado repitió—: Sos perfecta.

Lo dijo crédulo, como un niño, y Elena le creyó. Le hubiera dicho que ella era la reina de Inglaterra y también le habría creído.

La tomó en sus brazos y la llevó al cuarto; ya en la cama del acolchado de plumas color bordó descubrieron que para el amor no hacía falta mucho, que para el amor los datos no importaban. Les quedaban algunos casilleros por llenar en la ficha del protocolo de cada uno: trabajo y dirección, nombre completo de ambos, profesión de los padres de ella, comida preferida de los dos, nombres de la mejor amiga, del mejor amigo, cantidad de hermanos... Ya habría tiempo de llenar los casilleros. La noche era joven, la semana lo era y el mes también. El presente los requería con urgencia. El milagro existía y ellos pagaban por él dando todo lo que tenían, amándose con pasión y ternura hasta que las primeras claridades se vieron en la ventana.

Era bien entrada la mañana cuando la luz del día los encontró desnudos y abrazados. A Omar González la sensación le agradó. A Elena Wilson Garrott, la conmocionó.

Debían apurarse, a los dos los esperaban en el estudio Thompson.